

Juan Carlos Tedesco

Educador y pedagogo argentino. Desde 1992 hasta 1997 fue director de la Oficina Internacional de Educación de la Unesco, en Ginebra. Ha asumido la Secretaría de Educación del Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de Argentina hasta que en diciembre de 2007 fue nombrado ministro de Educación de Argentina. Es autor de varios libros, entre los que destaca *Estrategias de Desarrollo y Educación: el desafío de la gestión pública*.

UN HOMENAJE DESDE EL SUR

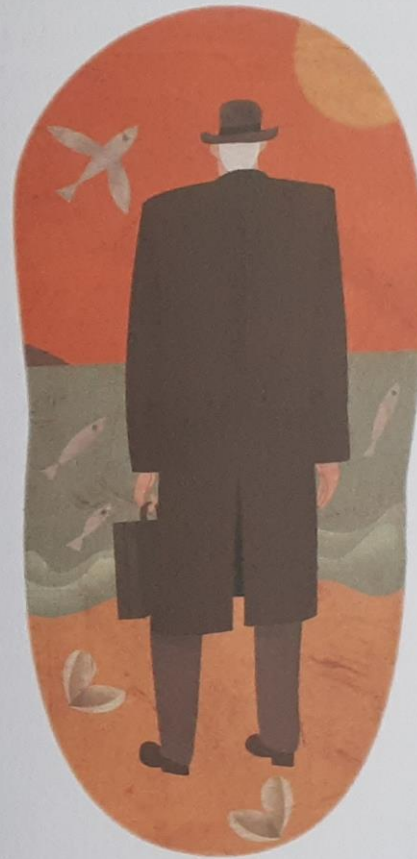
Juan Carlos Tedesco

Todo cambia según el lugar desde donde se produzca la mirada. La educación no escapa a esta verdad de Perogrullo. Si miramos metafóricamente “desde el Sur”, lo que vemos es una educación definida por la *desigualdad*. Lo que aprenden los alumnos de los países del Sur está muy por debajo de lo que aprenden los del Norte. Dentro de los países del Sur, lo que aprenden los alumnos de las ciudades o de los sectores sociales medios y altos es el doble de lo que aprenden los alumnos de sectores rurales, urbanomarginales o que viven en condiciones de pobreza o indigencia. Lo que se dice de los alumnos también se puede decir de los maestros y de las condiciones en las cuales ejercen su profesión: los edificios escolares, los equipamientos informáticos, la disponibilidad de textos y de cualquier otro factor que las investigaciones hayan descubierto que tiene impacto en los resultados de aprendizaje.

Pero no estamos ante una tragedia educativa en el marco de sociedades florecientes. La riqueza, el empleo, la salud o la vivienda no están mejor distribuidas que la educación. Si se

mejorara la distribución del ingreso y se crearan oportunidades de trabajo para todos, no caben dudas de que la educación mejoraría significativamente. Pero hay dos maneras distintas de analizar este postulado. Por un lado, implica reconocer que las políticas educativas forman parte de proyectos de sociedad y que debemos luchar por mejorar la distribución del ingreso y la creación de empleos dignos. Pero, por el otro, es necesario no perder de vista que en contextos de pobreza, la presencia de una escuela o de un maestro comprometido con el objetivo de quebrar el determinismo social de los resultados de aprendizaje es casi la única posibilidad de modificar el destino de las personas.

Quiero, por ello, rendir homenaje a mi maestro, al que me permitió salir de un destino social prefijado para la mayoría de mis compañeros de clase y de barrio. Me gustaría tener la sabiduría de los filósofos o la pericia de los psicólogos para explorar el significado de la gratitud y el lugar que ella ocupa en nuestra cultura. No puedo hacerlo, pero tengo la intuición de que algo sucede con nuestro sentido de la gratitud. Ser agradecido es reconocer lo que nos han dado y lo que hemos recibido. En ese sentido, es un componente fundamental del proceso de construcción de nuestra identidad. Perder el sentido de la gratitud es, de alguna manera, renunciar a una parte importante de lo que somos.



En la Escuela Normal de San Justo, localidad ubicada en la periferia de la ciudad de Buenos Aires, tuve un profesor que se llamó Juan Ricardo Nervi. Fue mi profesor de Pedagogía, Didáctica y Práctica de la Enseñanza. Para los que íbamos al Normal de San Justo en esa época, jóvenes de poco "capital social", pero con alguna predisposición hacia la actividad intelectual y política, el vínculo con Nervi fue un acontecimiento fundamental, porque pudimos tomar contacto con el complejo mundo de la cultura.

En primer lugar, el contacto con los libros. Ir a su casa de la calle Fonrouge, en el barrio de Mataderos, era como entrar en una biblioteca viva, donde el libro estaba acompañado por el diálogo, el consejo, la orientación y el seguimiento. Pero no eran solo los libros. Nada era ajeno a Ricardo Nervi: la literatura, la música, la plástica, el deporte. Tanto podíamos hablar de tango, de fútbol, de poesía, de pintura, como de pedagogía, de historia o de política. Y no era hablar desde afuera de esas actividades, porque Nervi había jugado al fútbol, nos mostraba sus poemas, sus pinturas, sus canciones, sus ensayos pedagógicos y allí, en su casa, podía expresar directamente sus ideas políticas. Alguien podría pensar que esa dispersión atentó contra la sistematización y contra la posibilidad de acumular conocimientos sobre un área determinada del conocimiento o de la expresión. Es posible, pero Nervi era esa

dispersión y eso era lo que necesitaban jóvenes como nosotros, que estábamos a la búsqueda de nuestra propia identidad.

El contacto con Nervi también fue la posibilidad de producir intelectualmente. Nos estimulaba permanentemente a escribir y fue por su iniciativa que pude publicar mi primer artículo en *Educación Popular*, un semanario que editaba en esos momentos con Luis Iglesias, Berta Braslavsky y un grupo de pedagogos que hoy llamaríamos "progresistas". Su compromiso con la educación popular nos brindaba seguridad y protección. Fue muy importante para nosotros sentirnos defendidos cuando nos involucramos en las movilizaciones del año 1958, para evitar las medidas disciplinarias con las cuales se sancionaba la toma de escuelas, la huelga o algún pupitre destruido. También aprendimos con él el misterio de escribir con seudónimo, para eludir la represión ideológica que ya asomaba con fuerza en esos años.

Me pregunto en este momento cómo quisiera él que lo recordáramos. Desde un punto de vista histórico, no caben dudas de que sería muy importante que su obra no se perdiera y que la recopilación de sus mejores ensayos, dibujos, poemas y relatos nos permita recuperar su obra y su pensamiento. Pero además de esto, yo creo que Nervi quisiera ser recordado como ser humano. En este sentido, yo quiero recordarlo con su bondad permanente y con sus ojos, esos ojos siempre dispuestos

a mostrar su admiración y su sorpresa por todo lo que le mostrábamos.

Estoy seguro de que hay muchos "Nervi" en nuestros países del Sur, que han cambiado destinos personales. A ellos debemos gratitud y respeto. Pero no nos engañemos. No son suficientes. La mayor parte de los destinos personales de los alumnos que provienen de familias pobres son destinos pobres. Para romper el círculo perverso de reproducción de la pobreza es necesario que acompañemos el esfuerzo individual con políticas integrales de justicia social.

